

Antipatía frente a la soberanía

Lógicas globales y colonialismo en Puerto Rico

Ramón Grosfoguel

La escasa popularidad del movimiento independentista está determinada por la relación cambiante y dinámica entre colonia y metrópoli desde 1898. La explicación de este fenómeno está en las concesiones políticas y económicas que EEUU ha hecho a las clases trabajadoras como estrategia para generar una hegemonía ideológica en las clases subalternas, debido a la importancia estratégico-militar y simbólica de la isla. Este ensayo intenta contestar esas preguntas desde una perspectiva histórico-mundial, y sugerir otras maneras de articular el problema de la descolonización a través de una mirada democrático-radical.

En Puerto Rico, el voto por la independencia en las elecciones regulares cada cuatro años durante las últimas tres décadas no llega al 5% del total de emitidos. En el plebiscito de estatus de 1993 la independencia obtuvo el 4,4%, mientras que en el reciente referendo de 1998 la suma de voluntades independentistas y autonomistas no llegó al 3% de los votos.

Históricamente, los discursos nacionalistas han elaborado diversas argumentaciones para explicar la falta de apoyo popular al movimiento independentista. Estos discursos plantean como el problema el «miedo» y la «desinformación» que los líderes colonialistas generan entre el pueblo, otros apuntan a la «ignorancia» o «enajenación» del pueblo puertorriqueño, mientras que otros enfatizan la «colonización ideológica» o la «asimilación cultural» a Estados Unidos. Sin embargo, cualquier persona que mínimamente conozca la isla sabe que la identidad nacional está sólidamente consolidada. Como discutiremos más adelante, en Puerto Rico existe un fuerte nacionalismo cultural que no se traduce en un reclamo nacionalista político. Pero aun dándole el beneficio de la duda a las explicaciones nacionalistas, el fracaso del movi-

RAMÓN GROSFOGUEL: profesor puertorriqueño del Departamento de Sociología del Boston College; investigador asociado del Fernand Braudel Center de Binghamton University, y de la Maison des Sciences de l'Homme, París.

Nota: agradezco a Chloe S. Georas por sus valiosos comentarios a este texto.

Palabras clave: colonialismo, estadidad, independentismo, Estados Unidos, Caribe, Puerto Rico.

miento independentista no puede ser reducido a un problema de «enajenación», «desinformación» o «asimilación». El reclamo elitista de que el pueblo puertorriqueño está «asimilado» o «alienado» encubre las preguntas relevantes: ¿por qué la independencia tiene poco apoyo entre el pueblo puertorriqueño?, ¿por qué el 95% del electorado busca alguna relación de unión permanente con EEUU?

Modos de incorporación (1898-1998)

La colonización de Puerto Rico por EEUU ha tenido tres lógicas globales dominantes: económica, militar y simbólica¹. A pesar de la simultaneidad de estas tres lógicas globales durante todo el siglo, el dominio de una sobre las otras siempre estuvo determinado por los diversos contextos históricos. Es importante señalar que estas lógicas pueden ser complementarias o contradictorias entre sí. Opuesto a las explicaciones reduccionistas económicas de algunas teorías dependentistas y de modos de producción, los intereses económicos no siempre dominaron la relación centro-periferia entre Puerto Rico y EEUU. Por el contrario, consideraciones de geopolítica de Estado tales como intereses simbólicos y militares del Estado imperial perfilaron la relación de EEUU con Puerto Rico durante extensos periodos del siglo xx². La importancia de estos intereses ha sido tal que en algunas instancias fueron contradictorios con los intereses económicos de las corporaciones norteamericanas en la isla.

A pesar del predominio de uno de estos actores (Pentágono, corporaciones norteamericanas, Departamento de Estado) en un periodo histórico específico, los tres han estado simultáneamente presentes a través de todo este siglo. Sin embargo, la manifestación peculiar de estos intereses y la articulación entre ellos ha cambiado dependiendo del contexto económico y geopolítico del sistema-mundo capitalista. Veamos.

Puerto Rico a comienzos del siglo XX (1898-1945). Los intereses geopolíticos de los Estados metropolitanos en el sistema inter-estatal mundial han sido un determinante crucial en la incorporación periférica del Caribe. El proyecto de EEUU de arrebatar Cuba y Puerto Rico a España en 1898 fue una respuesta a los intereses de seguridad estatal en el sistema mundial. Algunos años antes de la Guerra Hispanoamericana, el estratega naval norteamericano Alfred Mahan señaló la importancia de construir un canal en Centroamérica para resolver el mayor problema de defensa de EEUU: la forzada división de la flota naval entre la costa Atlántica y la costa Pacífica³. Como

1. Para una discusión teórica sobre estas tres lógicas globales, v. R. Grosfoguel: «World Cities in the Caribbean: The Rise of Miami and San Juan» en *Review* (Journal of the Fernand Braudel Center) vol. 17 N° 3, verano 1994, pp. 351-381.

2. R. Grosfoguel: «Puerto Rico's Exceptionalism: Industrialization, Migration and Housing Development», tesis doctoral, Departamento de Sociología, Temple University, 1992.

3. María Eugenia Estades Font: *La presencia militar de Estados Unidos en Puerto Rico: 1898-1918*, Huracán, Río Piedras, 1988.

una manera de asegurar la defensa del futuro canal, Mahan señalaba que antes de construirlo EEUU debía adquirir Hawaii y controlar en lo militar las cuatro rutas marítimas caribeñas al noreste del istmo⁴. Las únicas islas que permitían acceso a estas rutas eran Cuba y Puerto Rico. Teniendo el control de éstas EEUU dominaba simultáneamente los cuatro pasajes marítimos que Mahan señalaba⁵. Así desde aproximadamente 1895, EEUU comienza a planificar un conflicto con España. En 1898, Puerto Rico, Cuba, Filipinas y otras islas en el Pacífico fueron tomadas por EEUU.

Los intereses geopolíticos de EEUU articulados con las relaciones de fuerzas locales en Puerto Rico y Cuba determinaron los diversos modos de incorporación. Estados Unidos encontró importantes diferencias entre ambas islas. Cuba tenía un fuerte movimiento nacionalista que presionaba por la salida de los americanos. Las negociaciones culminaron con la creación de un protectorado y la construcción de una base naval en Guantánamo. Dos características de las relaciones de poder internas en Puerto Rico afectaron su modo de incorporación a EEUU. En primer lugar, todos los partidos políticos apoyaron la anexión inmediatamente después de la invasión. Influyeron en esta decisión la imagen democrática y anticolonial de EEUU en la época, y la proclama del general Miles durante los primeros días de la ocupación, quien caracterizaba la guerra contra España como motivada por razones humanitarias y prometía libertades democráticas al pueblo puertorriqueño⁶. En segundo lugar, Puerto Rico no tenía un movimiento nacionalista fuerte contra España al momento de la invasión norteamericana. Estos factores permitieron a EEUU incorporar a Puerto Rico como territorio colonial sin muchas dificultades. La anexión colonial proveía las mejores condiciones para el uso estratégico militar de la isla, pues se eliminaba el problema de negociar con las elites locales tal como ocurría con las repúblicas independientes⁷.

Después de la invasión, los partidos políticos en Puerto Rico trocaron sus programas⁸. El Partido Ortodoxo, ligado a los intereses de terratenientes azucareros, que eran autonomistas radicales frente a España, se transformó en una fuerza anexionista. Esta transición fue marcada por un cambio en el nombre, de Partido Ortodoxo a Partido Republicano. Por su parte el Partido Liberal, ligado a los intereses de hacendados cafetaleros, autonomistas moderados frente al colonialismo español, frente a la invasión norteamericana inicialmente asumió posiciones anexionistas, pero más tarde, debido a las políticas estadounidenses anticafetaleras y pro-azucareras, viró hacia posiciones autonomista-radicales coqueteando con ideas independentistas⁹. Esta

4. *Ibíd.*

5. *Ibíd.*, p. 31; y Jorge Rodríguez Beruff: *Política militar y dominación*, p. 149.

6. M.E. Estades Font: *ob. cit.*, pp. 89-90.

7. *Ibíd.*, p. 36; Alfred T. Mahan: *Lessons of the War with Spain and Other Articles*, Little, Brown and Company, Boston, 1899, pp. 28-29.

8. Wilfredo Mattos Cintrón: *La política y lo político en Puerto Rico*, Era, México, 1980; Angel Quintero Rivera, *Conflictos de clase y política en Puerto Rico*, Huracán, Río Piedras, 1976.

9. W. Mattos Cintrón, *ob. cit.*; A. Quintero Rivera: *ob. cit.*

transición se delineó también con cambios en la denominación: de Partido Liberal a Partido Federal, y finalmente a Partido Unión.

El Partido Unión representó las fuerzas sociales con mayor potencial de desarrollo de un movimiento independentista. Sin embargo los hacendados locales nunca fueron apoyados por las clases populares, como consecuencia de la alianza de aquellos con las políticas represivas y autoritarias de la administración colonial española contra los derechos de campesinos y trabajadores. Los sectores populares percibían a los hacendados como sus enemigos de clase. Los mecanismos represivos de la administración colonial protegían su privilegiada posición económica y social. Trabajadores y campesinos asociaron la postura pro-independentista de algunos hacendados contra el colonialismo norteamericano como una nostalgia romántica por las formas de trabajo coercitivo y el autoritarismo político del colonialismo español.

Bajo la dominación estadounidense muchos trabajadores vieron la oportunidad de conquistar derechos civiles y laborales presionando al gobierno norteamericano para extender a la isla los derechos constitucionales. Las clases trabajadoras adoptaron el discurso americanista promovido por el nuevo poder imperial como una estrategia con el fin de debilitar la hegemonía política de los hacendados locales y para ganar derechos democráticos reconocidos en la Constitución metropolitana. A pesar de los efectos negativos para las corporaciones azucareras estadounidenses, el Estado federal extendió los derechos laborales a las clases trabajadoras puertorriqueñas; por razones de geopolítica militar, buscaba ganar apoyo popular para la incorporación colonial. Por medio de la extensión de derechos laborales, la postura del movimiento obrero a favor de la descolonización vía anexión (estadidad) fue fortalecida¹⁰. Esto impidió la formación de una alianza de clases a favor de la independencia. La extensión de derechos civiles y laborales a Puerto Rico fue un importante impedimento al desarrollo de una demanda colectiva nacional por la independencia.

Las concesiones a las clases trabajadoras marcó un aspecto distintivo de la incorporación periférica de Puerto Rico. A diferencia de otras ocupaciones militares en el Caribe, como Cuba, Nicaragua, República Dominicana y Haití, donde el Estado norteamericano desarrolló alianzas autoritarias con los terratenientes y/o las elites político-militares para proteger sus intereses, la estrategia en Puerto Rico se basó en hacer concesiones democráticas a las clases trabajadoras y medias liberales en contra de los terratenientes cafetaleros. La extensión de derechos democráticos a la colonia evitó que las clases trabajadoras simpatizaran con una solución nacionalista a la cuestión colonial. El debilitamiento del poder de los hacendados cafetaleros también debilitó las fuerzas autonomistas y aceleró las relaciones salariales capitalis-

10. El movimiento obrero puertorriqueño de las primeras décadas del siglo, encabezado por el Partido Socialista, era estadista socialista.

tas a costa de las formas de trabajo coercitivo no-capitalistas de los primeros. Por el contrario, la invasión haitiana descansó en una alianza de clase con las elites comerciales y los terratenientes cafetaleros. Esta alianza fortaleció las formas de trabajo no-capitalistas en este país¹¹. En el caso de República Dominicana y Nicaragua, la alianza se hizo con las elites políticas y militares. Luego de la invasión militar a República Dominicana y Nicaragua, los norteamericanos dejan en posiciones de poder a Trujillo y Somoza respectivamente.

A comienzos de los años 40, el gobierno norteamericano apoyó un bloque de poder populista a costa de los intereses de sus corporaciones azucareras. El golpe mortal a éstas fue dado en 1941, con la implementación de la ley de 500 acres. Esta ley forzó a las corporaciones a vender a la administración colonial toda la tierra que excediera los 500 acres. Las tierras fueron utilizadas para implementar una reforma agraria que erradicó el sistema no-capitalista de agregados (campesinos forzados a pagar la renta o a trabajar por vivir en las tierras del terrateniente) y así mejorar las necesidades de vivienda de miles de campesinos puertorriqueños. Consideraciones militares de Estado durante la Segunda Guerra Mundial estructuraron estas políticas reformistas. Dadas las jornadas huelguistas de los años 30 y el descontento social masivo durante la Gran Depresión, al Estado norteamericano le preocupaba que una población local molesta con la explotación y abusos de las corporaciones azucareras, representara un problema para el uso militar de la isla durante la Segunda Guerra Mundial. En esos años, submarinos nazis se movían en aguas caribeñas atacando barcos comerciales norteamericanos. El reformista liberal Rexford Tugwell, primer gobernador civil de Puerto Rico en 1941, en sus memorias deja entrever cuál era la lógica que guiaba esta reforma agraria durante su administración:

Mi deber como representante de mi país en Puerto Rico fue amoldar los asuntos civiles de manera que las bases militares, las cuales podrían tener que enfrentar antes de estar preparadas el choque de un ataque, no estuvieran aisladas en un ambiente de hostilidad (traducción mía).¹²

En resumen, la evidencia sugiere que durante los primeros 50 años de colonización las elites norteamericanas hicieron concesiones democráticas y sociales a las clases trabajadoras en Puerto Rico a cambio del uso militar de la isla.

Puerto Rico en la Guerra Fría (1945-1991). Los intereses simbólicos norteamericanos en Puerto Rico adquieren predominio sobre los otros intereses después de la Segunda Guerra Mundial. Puerto Rico se transformó en una pieza importante de la batalla simbólica entre la Unión Soviética y EEUU. Los

11. Suzy Castor: *La ocupación militar norteamericana de Haití y sus consecuencias (1915-1934)*, Siglo XXI, México, 1972.

12. Rexford G. Tugwell: *The Stricken Land*, Doubleday, Nueva York, 1947, p. 148.

soviéticos argumentaban en la ONU que Puerto Rico representaba los intentos colonialistas e imperialistas de los norteamericanos¹³. Preocupados por su imagen ante los nuevos países independientes del Tercer Mundo, el Departamento de Estado y el Departamento del Interior presionaron para que se hicieran mayores concesiones en Puerto Rico, que se desarrollaron como parte de una estrategia de transformar la isla en una vitrina de la democracia y el capitalismo en los años 50 y 60¹⁴. Las reformas coloniales que siguieron esta lógica sacaron a Puerto Rico del «colonialismo clásico», transformándolo en una «colonia moderna». Hasta ese momento era gobernado por figuras militares o civiles nombradas a dedo por el presidente norteamericano. La primera concesión se produjo en 1946, cuando nombraron como gobernador a un puertorriqueño. Dos años más tarde se concedió el derecho a elegirlo por voto universal, por primera vez en los 400 años de colonialismo español y norteamericano. Luego, la metrópolis estimuló la creación del Estado Libre Asociado dando una falsa fachada de soberanía y camuflando la relación colonial¹⁵. Finalmente, fue implementado un programa de industrialización a través de la inversión extranjera masiva («industrialización por invitación»), transformando de manera radical la economía e infraestructura de la isla.

La importancia simbólica de este territorio durante la Guerra Fría explica las masivas transferencias federales en áreas como vivienda, salud y educación. Puerto Rico fue tratado como cualquier otro estado de EEUU en términos de acceso a fondos federales. La diferencia principal es que los residentes de la isla no tienen que pagar impuestos federales. Esto quedó oficialmente institucionalizado con la formación del Estado Libre Asociado (1952). Es importante señalar que tal estatus «privilegiado» de recibir fondos federales como cualquier otro estado sin pagar impuestos no lo tenía ningún otro territorio norteamericano en la época. Puerto Rico se transformó en una colonia moderna con acceso a derechos civiles, democráticos y sociales.

Para posibilitar el rol simbólico de la isla y estimular el éxito de su programa económico, el Estado norteamericano cooperó con las elites locales en el apoyo de una emigración masiva de la fuerza de trabajo marginada hacia la metrópolis. En otras palabras, se exportó la pobreza a los centros urbanos norteamericanos¹⁶. El marco institucional para facilitar la migración de trabajadores fue creado a través de tres mecanismos: 1) La reducción de tarifas aéreas entre la isla y la metrópolis; 2) La creación de una Oficina de Migración en el Departamento de Trabajo de la administración colonial; y 3) Una campaña de publicidad de empleos disponibles en EEUU.

13. R. Grosfoguel: «Puerto Rico's Exceptionalism...», cit.

14. *Ibíd.*

15. Una vez aprobado el Estado Libre Asociado en 1952, EEUU logró sacar a Puerto Rico de la lista de territorios coloniales en la ONU.

16. R. Grosfoguel, «Migration and Geopolitics in the Greater Antilles: From the Cold War to the Post-Cold War» en *Review* vol. 20 N° 1, invierno 1997, pp. 115-145.

Estos arreglos institucionales crearon las condiciones de posibilidad para vender al mundo una imagen exitosa acerca del modelo económico puertorriqueño durante los años más calientes de la Guerra Fría. El Departamento de Estado norteamericano ubicó en Puerto Rico, en 1950, el centro de entrenamiento internacional del Programa Punto Cuatro para el desarrollo técnico de las elites del Tercer Mundo. Este programa era más ideológico que técnico, en la medida en que a estas elites de la periferia se les ofrecían cursos sobre el modelo de desarrollo puertorriqueño («maquiladoras») como parte del currículo. El esquema puertorriqueño fue el modelo desarrollista que los norteamericanos vendieron al Tercer Mundo frente al modelo soviético por varias décadas. Alrededor de 30.000 personas de las elites del Tercer Mundo visitaron la isla entre 1950 y 1970 como parte del Punto Cuatro. Estos visitantes se quedaban entre seis meses y dos años para recibir el entrenamiento. Puerto Rico fue el primer laboratorio del modelo de «industrialización por invitación» en la periferia del sistema-mundo capitalista. Hoy este modelo ha sido generalizado a todas las áreas secundarias, a través de los enclaves conocidos como «maquilas».

Dada la trascendencia simbólica de Puerto Rico durante la Guerra Fría y su importancia militar-estratégica, EEUU respondió a la crisis económica mundial de 1974 con una masiva asistencia federal para garantizar la estabilidad y la sobrevivencia del modelo de «industrialización por invitación». Las transferencias a la isla se incrementaron por la extensión de varios programas federales dirigidos a familias e individuos afectados por la crisis. Por ejemplo, las transferencias federales a individuos se incrementaron de 517 millones de dólares en 1973 a 2.500 millones en 1980 y más de 4.000 millones para 1990¹⁷. Esta inyección masiva de dinero es crucial para entender cómo los sectores populares en la isla sobrevivieron la crisis capitalista de los años 70 y 80. Mientras esta crisis se tradujo en América Latina y el Caribe en intervenciones neoliberales del Fondo Monetario Internacional y reducciones de todo tipo de asistencia social a los pobres, en Puerto Rico se manifestó a través de una multiplicación de la asistencia federal a las masas populares.

La posguerra fría (1991...)

Recientemente se ha transformado una vez más la articulación de las diversas lógicas globales que estructuran la relación entre Puerto Rico y EEUU. La desaparición de la URSS ha modificado las estrategias estadounidenses en el sistema-mundo capitalista. Hoy en día los intereses económicos norteamericanos han adquirido primacía sobre las consideraciones geopolíticas, y la situación económica doméstica tiene mayor importancia que las consideraciones de política exterior. Como bien ha señalado Maingot en un recomendable ensayo acerca del Caribe en la posguerra fría, «la geopolítica ha cedido

17. Estos son cálculos hechos por el autor a partir de los datos del *Informe Anual al Gobernador*, publicado cada año por la Junta de Planificación del gobierno de Puerto Rico.

ante la geoeconomía»¹⁸. Por consiguiente, la importancia simbólica y militar de Puerto Rico para EEUU ha pasado a un lugar secundario. En ese sentido, la isla es percibida por las élites políticas norteamericanas más como un gasto estatal que como un bastión militar importante o una vitrina simbólica. Con el fin de la Guerra Fría ya no tiene sentido seguir perdiendo miles de millones de dólares en ese territorio. Por eso en esta década de fin de siglo, el Congreso norteamericano ha explorado en dos ocasiones la posibilidad de celebrar un plebiscito local que modifique el estatus colonial en una dirección que le ahorre costos al Estado.

Luego de 100 años de colonialismo, los congresistas norteamericanos *descubren* que Puerto Rico es todavía un territorio colonial. El Congreso comenzó a modificar el actual estatus colonial por considerarlo muy «costoso». La crisis económica en EEUU (por ejemplo, la crisis fiscal) y el fin de la Guerra Fría han creado el contexto para que el Congreso derogue las exenciones contributivas a las corporaciones norteamericanas (corporaciones 936), reduzca relativamente las transferencias federales, y entre algunas facciones de las élites llegue incluso a articular una posición de mayor simpatía hacia un estatus de autonomía o independencia para la isla. Un cambio en el estatus colonial hacia una mayor «separación», bajo un contexto mundial de neoliberalismo, globalización y posguerra fría, podría resultar en la formación de una relación neocolonial con EEUU. Si Puerto Rico se transformara en una república neocolonial, EEUU estaría relevado de los gastos que actualmente conlleva la «colonia moderna». Un cambio jurídico en el estatus hacia la neocolonia (república autónoma, independiente o el ELA transformado en lo mismo) expropiaría de un plumazo a los puertorriqueños de toda una serie de derechos ciudadanos conquistados bajo la colonia. Por ejemplo, en el nombre de una mayor autonomía de las leyes federales norteamericanas la pseudo-soberanía neocolonial expropiaría a los puertorriqueños del salario mínimo federal, de transferencias en programas sociales de bienestar a los individuos, de la vigencia de leyes federales ambientales, de derechos laborales, derechos de las mujeres, y otros derechos garantizados por la ciudadanía norteamericana. Ninguna república neocolonial del Caribe cuenta con estos recursos con los cuales los puertorriqueños negocian su sobrevivencia diaria. Las repúblicas neocoloniales en el Caribe contemporáneo son el equivalente de «la colonia sin los beneficios de la colonia», es decir, que los norteamericanos explotan económica y dominan militarmente estas islas sin los costos de transferencias del Estado metropolitano y sin reconocimiento de ciertos derechos ciudadanos elementales. Mover a Puerto Rico en esa dirección le daría a EEUU la oportunidad de abaratar los costos de producción para el capital transnacional y los costos en transferencias metropolitanas mientras mantienen las inversiones económicas y el uso de las bases militares. Particularmente afectados por esta redefinición del estatus estarían las clases

18. Anthony Maingot: «Preface» en *Annals of the American Academy of Political and Social Sciences* N° 533, mayo 1994, pp. 8-18.

trabajadoras puertorriqueñas. De ahí la resistencia popular a las alternativas «seudo-soberanistas» en Puerto Rico.

Es importante señalar que en los años 90 el Congreso norteamericano suspendió en dos ocasiones los intentos de celebrar un plebiscito con reconocimiento federal en Puerto Rico. El primero se suspendió en 1991 bajo un Congreso demócrata y el segundo en 1998 bajo uno republicano. En ambas ocasiones los legisladores anularon el plebiscito por temor, no a las alternativas «soberanistas» (república independiente o autónoma), sino a que la mayoría de los puertorriqueños votaran a favor de la anexión como estado número 51 de EEUU. Resulta una ironía histórica que luego de que las elites norteamericanas resistieran por 100 años reformas soberanistas para la isla, ahora, con el fin de la Guerra Fría y la globalización, sean las alternativas de su preferencia frente al anexionismo. Hoy en día la «independencia» neocolonial caería como anillo al dedo al Estado norteamericano para resolver el «problema colonial» en Puerto Rico.

La resistencia de las elites norteamericanas a cooptar la isla tiene motivos económicos y culturales. La anexión de Puerto Rico aumentaría los costos en transferencias federales en alrededor de 3.000 millones de dólares adicionales al total de 10.000 millones que los puertorriqueños reciben actualmente bajo la colonia. Además, se incorporaría un estado de cultura afrolatina e hispanoparlante, con efectos progresistas para las luchas de las poblaciones latinas en EEUU. Uno de los argumentos movilizadores por la nueva derecha racista republicana contra la estadidad para Puerto Rico es que ello acabaría con la lucha por oficializar el «English Only» y avanzaría hacia el reconocimiento del español y de las culturas latinas en EEUU.

Colonialismo puertorriqueñista

La transición de «colonia clásica» a «colonia moderna» tuvo importantes implicaciones en términos de las formas culturales de dominación en la isla. La formación del Estado Libre Asociado (ELA) en 1952 oficializó no solo la formación de una «colonia moderna» sino la transición de un colonialismo «asimilacionista» a uno «puertorriqueñista». La estrategia cultural de principios de siglo del Estado norteamericano fue asimilar a los puertorriqueños a la cultura anglosajona. En esa época se intentó imponer el inglés como idioma único en las escuelas y se prohibió el uso de símbolos nacionales como la bandera local. Desde la derrota del programa de asimilación cultural en los años 40, el colonialismo opera con medios más sofisticados, es decir, reproduciendo la «puertorriqueñidad», la «identidad» y los «símbolos nacionales». El ELA institucionalizó lo que ya era un hecho: 1) el uso del español en las escuelas y las instituciones del estado; y 2) el reconocimiento de la «puertorriqueñidad» como símbolo de identidad nacional.

El refuerzo de estos dos pilares le sacó la alfombra debajo de los pies al Partido Nacionalista cooptando sus reclamos, subversivos en aquella época, de

afirmación puertorriqueñista. Después del ELA, la vieja consigna nacionalista «yanquis o puertorriqueños» perdió carácter contestatario y dejó de tener sentido para miles de puertorriqueños. Esto se reflejó en el aparatoso descenso del porcentaje de votos independentistas locales desde 1952. Con el ELA se permite afirmar la «puertorriqueñidad» sin prohibiciones, mientras se nos mantiene bajo un estatus colonial. El ELA institucionalizó una forma de colonialismo «puertorriqueñista» al reconocer el uso del idioma español, la bandera y la identidad local en los espacios públicos. Esto creó la falsa ilusión de que somos los puertorriqueños los que decidimos sobre nuestro destino político. Este equivocado sentido de autonomía encubre la naturaleza colonial de nuestra relación con el Congreso norteamericano. Por eso la ideología de la «puertorriqueñidad» es el mecanismo ideológico central con que se ejerce la dominación norteamericana en la isla. Es el «duérmete nene» que articula la dominación en Puerto Rico. La explotación y colonización se ejerce en español, con bandera puertorriqueña en alto, y con anuncios comerciales afirmando la identidad nacional.

Esta identidad nacional puertorriqueña se promueve y fomenta todos los días por los aparatos del Estado colonial. Debido a esto el reclamo independentista y autonomista por el monolingüismo pro-español y por la defensa de la identidad nacional no subvierte ni cuestiona el capitalismo-colonial en Puerto Rico. El discurso independentista, al no actualizarse a las nuevas circunstancias, perdió poder de convocatoria social ante el colonialismo puertorriqueñista. El derecho a la identidad y al idioma español es algo conquistado hace más de 50 años bajo la colonia. Estos reclamos neonacionalistas contribuyen a reproducir el colonialismo «puertorriqueñista». Peor aún, este «puertorriqueñismo» raya en el racismo al privilegiar lo hispano sobre lo africano en nuestra identidad nacional.

Ser puertorriqueño hoy en día no es cuestión de color ni de idioma. Existen formas diversas y heterogéneas de ser puertorriqueño. Miles de personas en la isla y en EEUU hablan inglés como primer idioma y al mismo tiempo se identifican como puertorriqueños. Algunas de las mejores 'salsas' puertorriqueñas se producen en Nueva York por jóvenes cuyo primer (y en algunos casos único) idioma es el inglés. Decir que el bilingüismo atenta contra la identidad puertorriqueña es no solo un disparate sino algo obsoleto en el mundo contemporáneo. Las Antillas holandesas son ejemplo viviente de cómo la identidad nacional no es cuestión de idioma. En Aruba y Curazao todo el mundo habla perfectamente papiamento, español, inglés y holandés, y nadie se cuestiona su identidad nacional como arubano o curazoleño. No hay que temerle al «bilingüismo» ni al «trilingüismo». El bilingüismo no menoscaba sino que enriquece nuestras múltiples y heterogéneas identidades puertorriqueñas. La oposición al bilingüismo es la forma politiquera de justificar la obsoleta división de «yanquis o puertorriqueños» que ya no describe las contradicciones ni necesidades del Puerto Rico contemporáneo. El discurso del miedo a perder identidad es la vieja retórica de quienes buscan justificar a ultranza un proyecto de república neocolonial sin importarles las consecuen-

cias nefastas que la misma tendrá sobre las clases trabajadoras. Como señala Duchesne, se oponen al bilingüismo aquellos que ya son bilingües por haber tenido el privilegio de educarse en escuelas privadas, negándole dicha oportunidad a los hijos de trabajadores que se educan en escuelas públicas con pésimos sistemas de enseñanza del inglés¹⁹. Hoy en día ser bilingüe es indispensable para ampliar oportunidades de educación y empleo. Por eso el bilingüismo en la educación es un reclamo popular de las clases trabajadoras puertorriqueñas.

Las nuevas formas de asimilación cultural del imperio norteamericano en la isla tienen otro carácter. Los puertorriqueños hemos sido asimilados a las prácticas culturales de consumo y los modos de vida de las clases medias norteamericanas. La construcción de urbanizaciones (viviendas suburbanas), la exagerada proliferación de autos, junto a la profusión de *malls* (centros comerciales) por toda la isla asimiló a millones de puertorriqueños al modo de vida norteamericano, donde las necesidades sociales se mercantilizan y donde cultura o entretenimiento son sinónimo de ir de compras a Plaza las Américas²⁰ e ir de vacaciones a Disney. Esta asimilación a las prácticas de consumo norteamericanas se da en español y afirmando la «puertorriqueñidad». Las corporaciones transnacionales nos venden productos con consignas de «100% puertorriqueño», con música de salsa y la bandera isleña en alto. Defender la «puertorriqueñidad» es una forma obsoleta de transformación social en un capitalismo que hace rato utiliza las identidades nacionales para mercadear sus productos. Están más asimiladas a las prácticas culturales norteamericanas las clases medias isleñas hablando español que los miles de boricuas marginados en los guetos norteamericanos hablando inglés. Esta paradoja no es posible capturarla con la vieja consigna de «yanquis o puertorriqueños». La forma de vida aburrida y mediocre, cuya forma de entretenimiento es el consumo en un *mall*²¹, es un pilar de la asimilación cultural ignorado por quienes se ofuscan en el fantasma de la pérdida de idioma e identidad.

El punto central aquí es cuestionar el supuesto carácter subversivo o progresista frente al capitalismo global de la defensa de la 'nación'. Como bien ha

19. Juan Duchesne: «El bilingüismo y otros demonios» en *Diálogo*, 10/1997.

20. Este es el *mall* más grande del Caribe, localizado en San Juan.

21. Esta crítica no está motivada por una visión puritana y moralizante acerca del consumo. El consumo es una actividad heterogénea que tiene múltiples facetas, alguna de las cuales pueden ser creativas. El acceso de masas al consumo masivo es algo conquistado en Puerto Rico bajo el «colonialismo moderno». Sin embargo, en Puerto Rico el consumo en el *mall* se ha convertido en actividad casi exclusiva de entretenimiento y producción cultural. Cuando cultura y entretenimiento se reducen exclusivamente a consumir en un *mall*, se plantea a mi entender un problema de ausencia de «modos de vida» alternativos. Es algo muy parecido a lo que ocurre en los suburbios norteamericanos, «modo de vida» que ha sido transplantado a Puerto Rico durante la posguerra. Hay que crear formas alternativas de vida y entretenimiento. Por ejemplo, una consecuencia de esta asimilación a los modos de vida suburbanos norteamericanos es que en una isla como Puerto Rico, con una de las mayores producciones de salsa en el mundo, apenas se consigue sitio donde ir a bailar.

señalado Pabón, la globalización del capital mercantiliza los símbolos nacionales cancelando su potencial contestatario²². El capitalismo global promueve todo lo que venda y deje ganancias, desde los retratos del Che Guevara hasta las identidades nacionales. Seguir vindicando la 'nación' como bandera de lucha no solo no amenaza las nuevas formas de capitalismo globalizado sino que sirve de manto ideológico para desviar la atención de las nuevas estrategias colonizadoras del imperio norteamericano. El nuevo «duérmete nene» es mover la isla hacia un estatus neocolonial a nombre de la «descolonización» y de «mayores poderes soberanos», para así justificar la expropiación a los puertorriqueños del acceso a fondos federales y a derechos civiles/laborales. Hoy el discurso independentista aferrado al fantasma de la defensa de la «identidad nacional» es uno cooptado por el colonialismo puertorriqueño y por la globalización del capital.

Colonias modernas en el Caribe

La experiencia puertorriqueña no es tan distinta de la de los territorios no independientes del Caribe contemporáneo. El tipo de colonialismo que las metrópolis practicaron en el Caribe luego de la Segunda Guerra Mundial fue de una naturaleza muy diferente al colonialismo clásico anterior a la contienda. Producto de las luchas anticoloniales y de la presión internacional, en medio de consideraciones geopolíticas, militares y simbólicas, durante la Guerra Fría, las metrópolis occidentales se vieron forzadas a hacer concesiones en el Caribe. Unas colonias se independizaron (Jamaica, Guyana, y casi todo el Caribe inglés) mientras otras (islas holandesas, francesas y norteamericanas) continuaron su relación colonial (por intereses político-militares e ideológicos de las metrópolis) pero con concesiones democráticas y reformas constitucionales y económicas que las transformaron en «colonias modernas»²³ (Puerto Rico, Islas Vírgenes norteamericanas, Islas Vírgenes Británicas, Guadalupe, Martinica, Curazao, Aruba, etc.). Puerto Rico pertenece a la experiencia histórica de las 'colonias modernas' del Caribe contemporáneo. Los pueblos de estos territorios cuentan con acceso a la ciudadanía norteamericana, holandesa o francesa²⁴. Las millonarias transferencias de capital social del Estado metropolitano, la posibilidad de emigrar sin riesgos de ilegalidad, y el reconocimiento estable de derechos democráticos y civiles, son beneficios de los que gozan las poblaciones de estas colonias en sus estrategias de sobrevivencia, a las que ninguna de las repúblicas neocoloniales

22. Carlos Pabón: «De Albizu a Madonna: Para armar y desarmar la modernidad» en *Bordes* N° 1, 1995, pp. 22-40.

23. Gerard-Pierre Charles: *El Caribe contemporáneo*, Siglo XXI, México, 1981.

24. La campaña más absurda desarrollada por algunos líderes independentistas en Puerto Rico ha sido la de la renuncia a su ciudadanía norteamericana. Este lujo «revolucionario» se lo pueden dar solamente individuos de altas clases sociales que disponen de suficientes ingresos como para mantener a sus familias sin trabajar o sin depender de la asistencia social del Estado norteamericano. Esta campaña ha sido apoyada por una insignificante minoría. Ello muestra el carácter elitista del liderazgo independentista y su «divorcio» del pueblo puertorriqueño. Ver «E.U. impediría ingreso de Mari Brás a Puerto Rico» en *Claridad*, 18-24/2/94, p. 12.

tienen acceso. No es casual que en estos territorios no-independientes del Caribe, al igual que en Puerto Rico, los independentistas sean una minoría.

Una de las grandes paradojas del Caribe de la posguerra es que las inserciones coloniales a las metrópolis han sido mucho más beneficiosas en términos de niveles de vida y derechos civiles y democráticos para las capas populares que las inserciones neocoloniales. Ahí está el ejemplo no solo de Puerto Rico *vis à vis* República Dominicana, Haití o Cuba, sino también los casos de las colonias francesas y holandesas frente a las repúblicas neocoloniales del Caribe inglés. De este contexto regional es que se entiende la posición anti-independentista y pro-«unión permanente» de las poblaciones coloniales caribeñas. Al comparar su situación como «colonias modernas» con la situación de las «naciones independientes» en su región, estos pueblos optan por la colonia con sus beneficios antes que un estatus neocolonial donde se experimenten las mismas relaciones coloniales más crudamente.

La lógica pragmática que ha guiado a los puertorriqueños ha sido: para estar controlados o explotados por la metrópolis sin ningún beneficio (la vía de las repúblicas neocoloniales del Caribe), mejor estarlo con algunos beneficios. De ahí que el rechazo a la independencia es más un repudio pragmático a la república neocolonial, es decir, un rechazo a «la colonia sin los beneficios de la colonia», que una posición reducible a la «asimilación cultural» o «enajenación ideológica» de los puertorriqueños. No se trata de celebrar esta paradoja caribeña ni este pragmatismo político. Tampoco se trata de justificar el colonialismo, sino de entender sin moralizar por qué los pueblos en las islas coloniales caribeñas prefieren mantener los lazos de unión permanente con las metrópolis antes que independizarse²⁵. En la periferia caribeña del sistema mundo-capitalista, EEUU y las agencias disciplinarias del capital (Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial) ejercen un dominio geopolítico y geoeconómico. En estas condiciones las opciones son hartamente limitadas y difíciles. Las repúblicas más «independientes» no escapan al control económico y las maniobras político-militares de EEUU. Cualquier intento de subvertir la hegemonía norteamericana en la región ha sido militarmente y/o económicamente abortado como ocurrió en Grenada, Nicaragua, Jamaica y Cuba. Por tanto, la antipatía puertorriqueña a las opciones soberanistas se encuentra informada por las derrotas de los movimientos anti-imperialistas en la región y por la diferencia regional entre territorios neocoloniales con ciudadanía periférica y territorios coloniales con ciudadanías metropolitanas. Los territorios neocoloniales con ciudadanías periféricas no cuentan con los derechos, recursos y transferencias del centro con que cuentan las islas coloniales con ciudadanías metropolitanas.

25. En el referéndum de estatus en Curazao celebrado en noviembre de 1993, un 76,3% de los participantes votó por mantener los lazos de unión con Holanda. Solamente 0,5% votó por la independencia. El mismo patrón se ha repetido en las consultas celebradas en las Islas Vírgenes norteamericanas, Bermudas, Aruba, Islas Vírgenes Británicas y en el lado holandés de San Martín.

Lo que estamos describiendo es una situación estructural de explotación y autoritarismo en la periferia neocolonial caribeña de la cual el pueblo puertorriqueño no es ignorante. En el contexto caribeño contemporáneo la neocolonia constituye una peor forma de «colonialismo» que la «colonia moderna». Este contexto regional ha sido determinante en la antipatía de los puertorriqueños hacia la «independencia» como «solución» descolonizadora.

Conclusión

Esta historia tiene implicaciones políticas muy importantes para nuestro tema. Estados Unidos desarrolló una estrategia de hegemonía ideológica hacia las clases trabajadoras puertorriqueñas concediendo derechos democráticos y reformas sociales producto de la importancia militar y simbólica de la isla para el Estado norteamericano. Esto diferenció la colonización de EEUU en Puerto Rico de otras ocupaciones militares en el Caribe y Centroamérica, donde desarrolló alianzas de carácter autoritario con terratenientes, elites políticas y militares. Varias instancias en la historia puertorriqueña en el siglo xx ejemplifican estas concesiones:

- Década del 900: extensión a las clases trabajadoras isleñas de los derechos democráticos reconocidos en la Constitución metropolitana, como libre expresión, libertad de prensa, huelga y organización sindical.
- Década del 30: extensión de programas de bienestar del «New Deal» en un momento de hambre y desempleo masivos en Puerto Rico producto de la Gran Depresión.
- Década del 40: implementación de una reforma agraria que erradicó el sistema precapitalista de «agregados» campesinos; extensión del sufragio universal para la elección de gobernador.
- Década del 50: incorporación a los programas masivos de asistencia federal norteamericana de la posguerra sin pagar contribuciones federales; institucionalización de esta incorporación «privilegiada» a través de la formación del Estado Libre Asociado, generando una falsa ilusión de soberanía propia y oficializando el reconocimiento del uso del español y la identidad puertorriqueña en los espacios públicos.
- Década del 70: extensión del programa de cupones de alimento en 1974, posibilitando la sobrevivencia de los miles de desempleados y subempleados al iniciarse la onda recesiva del capitalismo mundial, que se extiende hasta comienzos de la década del 90.

Todas estas concesiones marcan una diferencia importante en la manera como el Estado norteamericano articuló su relación con Puerto Rico. Las reformas políticas y sociales permitieron darle una cara «humanitaria» al colonialismo entre los sectores populares de la isla. Los independentistas,

sobre todo después de 1950, no estuvieron en capacidad de ofrecer un proyecto político, económico y social superior a lo que EEUU ofrecía. Más aún, producto de su cultura autoritaria y aspiraciones burguesas nacionalistas, desde principios de siglo las elites identificadas con el proyecto independentista han sido vistas por los sectores populares con desconfianza. Aferrarse a un discurso de defensa de la identidad nacional en un momento en que hasta las transnacionales la promueven, también ha contribuido a hacer de ese discurso una proclama aburrida, conservadora y cooptada por el sistema colonial. Todos estos elementos proveen el contexto social que ayuda a entender el divorcio que ha existido históricamente entre el pueblo puertorriqueño y los discursos independentistas.

El reto de la izquierda es, a mi entender, el siguiente: si los independentistas quieren convencer al pueblo de esta opción de estatus, sin imposiciones ni manipulaciones autoritarias, tienen que ofrecer un programa político, económico, ecológico y cultural superior en calidad de vida, y en derechos civiles, democráticos y ecológicos a las otras alternativas de estatus. Sin embargo, en el actual contexto de globalización y posguerra fría un proyecto independentista democrático y progresista se dificulta. Las posibilidades de que bajo una república neocolonial en Puerto Rico se pierdan derechos democráticos, se reduzcan salarios, se corten programas sociales y descienda el nivel de vida son muy altas. Durante la transición de «colonia moderna» a «república independiente», dado el contexto histórico específico del capitalismo global, habría una fuerte presión sobre la nueva república para tomar medidas autoritarias que disciplinen a las clases trabajadoras una vez pierdan acceso a los derechos y recursos que reciben del Estado norteamericano. Las elites locales simpatizarían con estas medidas represivas para reducir costos de producción, tener mayor control sobre las clases trabajadoras y someter la isla a los planes neoliberales de las instituciones financieras internacionales como hacen todas las repúblicas caribeñas. La «soberanía» en este contexto significaría mayor autonomía de las elites locales sobre las clases trabajadoras y no frente al Estado norteamericano.

Es por este contexto particular que la izquierda debe abrirse a considerar otras alternativas descolonizadoras. Contrario a como hemos practicado la política en Puerto Rico, las alternativas de estatus no son esencialmente progresistas o reaccionarias. Todo depende de las relaciones de fuerza, de los discursos articuladores de los programas de estatus, del contenido y de las formas de cada proyecto en una coyuntura específica dentro del sistema-mundo capitalista. Según hay independencia progresista o reaccionaria, así también hay estadidad y república autónoma progresista o reaccionaria. Entiendo que el problema con el movimiento estadista en Puerto Rico es que está hegemonizado por sectores conservadores y derechistas. Sin embargo, no hay nada inherente a la estadidad que la haga en esencia reaccionaria. Bien pudiera articularse un movimiento estadista con un programa de lucha antimilitarista y democrático que defienda los derechos de sectores oprimidos desde el interior del Estado norteamericano. En nuestra historia tene-

mos de ejemplo el movimiento obrero de principios de siglo, cuyo estadismo y americanismo buscaba extender a la isla, en alianza con los obreros metropolitanos, los derechos civiles y laborales reconocidos en la Constitución metropolitana. Hoy pudiera articularse un movimiento estadista progresista que junto a los chicanos, negros, gays, feministas, trabajadores y otros sectores oprimidos seamos una voz en el interior del Congreso norteamericano contra las políticas militaristas imperiales en la región y en defensa de los derechos y reivindicaciones de todos los oprimidos en EEUU. El problema con el movimiento autonomista existente es que busca eliminar la vigencia de las leyes federales norteamericanas para reducir el salario mínimo, abolir derechos laborales, desregular la contaminación ambiental, erradicar los derechos de las mujeres, o para lanzar a miles a las filas del desempleo implementando las políticas económicas neoliberales del FMI.

Sin embargo, no hay nada inherente a una república autónoma que la haga conservadora. Bien pudiera articularse una autonomía territorial que elimine las leyes federales norteamericanas no para reducir sino para incrementar y reforzar salarios, derechos (civiles, democráticos y ecológicos) y calidad de vida. Se trata de que la izquierda cambie su «imaginario político» e intervenga en transformar el contenido social de las otras alternativas descolonizadoras en lugar de apoyar la «independencia» como única solución o como cuestión de principios. Esta estrategia presupone la construcción de un movimiento de masas que se organice por encima atravesando los partidos y alternativas de estatus existentes, impulsando así un programa de democracia radical²⁶. Sin un movimiento de masas fuerte en Puerto Rico que mantenga, expanda y radicalice los derechos democráticos ya alcanzados, no importa la alternativa de estatus que finalmente se tome; la tendencia dominante podría ser hacia políticas autoritarias y conservadoras. Por eso entiendo que el asunto del estatus debe estar subordinado a la radicalización de la democracia.

26. Ernesto Laclau y Chantal Mouffe: *Hegemony and Socialist Strategy*. Verso, Londres, 1985; Stanley Aronowitz: «The Situation of the Left in the United States» en *Socialist Review* vol. 23 N° 3, 1994, pp. 5-79.